

## José Castro Leñero: un motivo de celebración

Juan García Ponce

La aparición de un nuevo artista, hecho ya, dueño de los recursos que sabe necesarios para su obra, con una visión que se traduce en precisos términos plásticos sobre el sentido de esa obra, conocedor de la materia y los materiales que le son indispensables, la aparición, para decirlo más brevemente, de un nuevo pintor debe ser, es, un motivo de celebración. Todas las concepciones sobre un más o menos próximo fin apocalíptico del arte son siempre un poco o bastante ridículas. El arte encuentra siempre los medios que aseguran su continuidad. Se parece en esto a la vida. Tal vez acabará algún día, pero por lo pronto lo cierto es que siempre encuentra la forma que le permite sobrevivir. Y tal vez también la mejor manera de encontrar esos medios de supervivencia sea tener presente de continuo la posibilidad de ese próximo fin que parece alejarse siempre mediante esta continua vigilancia. De este doble conocimiento se sirve, sin lugar a dudas, la obra de José Castro Leñero. Enfrentar esta obra o, lo que es lo mismo, perderse en ella es tener la perenne evidencia de una posibilidad de desastre y es al mismo tiempo encontrar en esa misma obra la capacidad de neutralizarlo mediante su exacta y casi siempre contradictoria facultad de representación. Una obra moderna que usa como instrumento para lograr la belleza el consciente empleo de un elemento de fealdad, continuamente presente y continuamente transformado: una obra que es precisamente moderna porque se alimenta de esa contradicción: una obra que ignora su modernidad sirviéndose del recurso de asumirla con la máxima naturalidad posible y por eso antes que moderna es obra y por eso, en tanto tiene realidad como obra, es moderna.

José Castro Leñero se sirve de los más variados elementos para su pintura. A veces unos se imponen a otros o parecen imponérseles en la inmediatez con que su misma expresividad captura nuestra atención, pero inmediatamente esa atención resbala hacia otro aspecto y entonces tenemos que admitir que lo que importa no son los diferentes factores de la suma sino su totalidad. ¿De qué está formada esa totalidad?

En una gran tela un bello y expresivo rostro aparece al fondo y el artista obstaculiza su presencia y el efecto que puede causar colocando frente a él una trama de líneas horizontales y verticales que forman cuadrados. ¿Podría ser el innoble efecto que tiene como una de sus características inevitables toda pantalla de televisión? Desde luego, es muy poco probable que a José Castro Leñero se le haya ocurrido siquiera tal posibilidad. Esa la ponemos nosotros conducidos por un odio muy particular; pero lo importante es que el pintor nos ha hecho sentir ese odio en una tela, que, por otra parte, amamos en cuanto tela y cuya belleza no podemos dejar de preciar incluso a través de la sensación de fealdad que nos despierta. La fealdad, entonces, alimenta la belleza. Éste no es un recurso buscado conscientemente quizás por el creador; es el resultado de que nos hallemos frente a un creador. Lo mismo ocurre cuando junto a la particular calidad y el ritmo propio inherentes a la nobleza de la pincelada, en la que los factores determinantes son la calidad y el ritmo propios inherentes al cuerpo del pintor, se opone, en la misma tela, el empleo de la pintura aplicada mediante una pistola de aire. Lo mismo ocurre cuando formas abstractas que no tienen un significado directo más allá de su propia configuración como formas se juntan a otras formas que tienen un valor de representación referido a alguna realidad existente anteriormente. No es, sin embargo, ningún arte combinatorio; es el producto de una visión general: la visión que el pintor tiene de nuestro mundo en su carácter más inmediato y en sus fantasías más secretas convertidas tan sólo o ni más ni menos que en eso: una obra.

Como lo muestra esta exposición en esa obra participan todos los recursos de la pintura, tanto en el sentido de que José Castro Leñero se sirve del cuadro de grandes dimensiones como del dibujo o del grabado como en el sentido de que le es absolutamente indiferente o natural ser en algunas partes de su obra un creador regido por las exigencias de un determinado estilo como de otro y de este modo es en algunas ocasiones un creador documental y en otras un creador guiado sólo por sus propias fantasías particulares. Las dos cosas se unen en la obra del mismo modo que las diferentes técnicas -acrílicos, dibujos, grabados- forman una sola obra. No es un logro menor, desde luego; pero no estamos en el terreno de los elogios en esa dirección, aunque el impulso hacia el elogio en vez del rigor crítico sea un producto

inevitable del goce que la pintura, en sus más puros e impuros efectos, impone sobre el espectador y el artista siempre los merece, sino en el terreno de la comprobación que produce encontrar una serie de creaciones como éstas en que la más aparente fealdad se convierte en belleza y en la consciente búsqueda de efectos indiscutiblemente bellos -como ocurre, por ejemplo, en la gran serie de grabados con pequeñas dimensiones- se halla presente un perturbador aspecto que impulsándonos a alejarnos de la obra nos acerca a ella a través de este mismo impulso, allí están los dibujos de José Castro Leñero. En varias ocasiones reproducen diferentes accidentes automovilísticos en los que el efecto del conjunto es aterrador, en el fondo el automóvil es un arma de destrucción bajo la mirada del artista y nuestro primer instinto es de rechazo. En estos dibujos es evidente el valor documental, podrían ser sustituto de fotografías de cualquier accidente y luego, no obstante, resulta que en una llanta torcida o en el plano que crea el cofre desprendido del objeto del que formaba parte de una manera que le da un valor propio se encuentran unos no menos indiscutibles valores de belleza debido al tratamiento al que los ha sometido José Castro Leñero. Allí está la pureza de la línea, allí está el valor de cada plano, allí el conjunto de la composición. Sin lugar a dudas también debían estar en la fotografía que originalmente puede haber servido de modelo; pero José Castro Leñero ha sabido verlas, las ha hecho evidentes y nos las impone como formas de belleza en medio de la fealdad inherente al suceso en sí: ésta es, también sin lugar a dudas, la diferencia entre el documento y el arte.

Si éste fuera un recurso aplicado mecánicamente José Castro nunca lograría el efecto que logra cada una de sus obras; no es un recurso, es algo inevitable, es el producto de una visión particular al que una técnica adecuada hace visible. Ésta es la característica de la mirada de los auténticos artistas y, como lo demuestra la actual exposición, José Castro Leñero lo es.

Juan García Ponce, Imágenes y Visiones

Texto de presentación para la Exposición "Trayecto" en el museo Carrillo Gil de la Cd. de México, D.F. en 1983.